

Palabras para despedir al padre Gabriel García Márquez

MARCO TULLIO AGUILERA GARRAMUÑO

Escritor colombiano (1958).

Profesor de la Universidad Veracruzana de Xalapa, México.

Criticable o no, me es inevitable escribir una larga y sentida carta para despedir a mi padre y maestro Gabriel García Márquez. Como muchos de mis amigos y algunos de mis enemigos saben, yo he vivido a la sombra y a la luz de este escritor tan querido. Al punto de no dudar en considerarlo el más querido del mundo hoy en día. Llamarlo padre y maestro podrá sonar trillado, un horroroso lugar común, que no vacilo en asumir. Fue mi padre porque descubrí el mar interior de la literatura que podría hallar en mí en el momento en que tras doce horas de lectura, acostado en una cama rústica en una casa de asistencia del barrio Siloé, en Cali, terminé de leer *Cien años de soledad*. Y fue mi maestro porque, apenas una semana después de la lectura de esta obra, inicié la escritura de mi novela *Breve historia de todas las cosas*, en la que se podían leer las huellas, el aliento, la fuerza que me había dado el leer la obra mayor de Gabo.

Ya he contado varias veces y en diversos medios cómo y dónde conocí personalmente a GGM. No voy a repetirlo. Diré simplemente que le entregué mi novela *Breve historia de todas las cosas*, publicada en Buenos Aires, en su propia mano. Una semana o quince días después (no recuerdo), Felipe Ossa (creo que fue Felipe Ossa), quien era gerente de la Librería Nacional en Cali, me dijo que García Márquez había

llamado desde Barcelona a la librería (porque le habían dicho que yo iba con frecuencia allí) y que al no hallarme me dejó un mensaje con Felipe, en el que me felicitaba por la novela, que le había gustado mucho. La voz se corrió por Cali y Colombia.

Cuando Daniel Divinsky, el editor de mi novela, visitó Cali, reiteró lo que había escrito en la contraportada de mi libro. Que le gustaba más mi novela que *Cien años de soledad*.

Imaginen, amigos, lo que semejantes declaraciones hicieron en la mente afiebrada del muchacho que era yo por entonces. La apuesta estaba lanzada: yo quedé marcado por ese debut, que alguien ha llamado “patada de antioqueño”. Mi vida a partir de entonces consistiría en estar a la altura del reto.

Que alguna vez García Márquez haya dicho públicamente y para la prensa palabras elogiosas sobre mí o sobre mi obra no puedo afirmarlo de ninguna manera. A mí sí me las dijo, y yo me apresuré a divulgarlas.

En el Hotel Xalapa, hace quizás quince años, me dijo: “*Breve historia de todas las cosas* es lo mejor que has escrito y quizás lo mejor que escribirás”. Personas que visitaron en su estudio a Gabo (el profesor Motato y Fabio Jurado Valencia) me contaron que Gabo tenía un estante tras su escritorio dedicado enteramente a Mutis y otro dedicado a mí. Y les dijo que le gustaban

mucho las obras de ese loquito colombiano que vive en Xalapa.

¿Qué aprendí de Gabo? La pasión por la escritura; mantener por años guardados los libros, trabajándolos hasta que estuvieran maduros; aprendí que cada novela es una auténtica tesis de grado sobre la vida y que uno es responsable soberano de un universo; aprendí la soberbia soberana de creer que cada obra mía era una obra maestra. Y algo muy importante: aprendí que hay que usar todos los recursos disponibles para difundir las obras (sentado a una mesa en el restaurante del Hotel Xalapa, al lado de Gustavo Sainz y Ángel Rama, lo escuché urdir las mentiras adecuadas para difundir ya no me acuerdo qué novela a punto de salir publicada).

Si bien he tenido periodos de adoración a GGM, también he tenido etapas en las que de alguna manera lo he rechazado y en las que llegué a decir que era necesario matarlo para que los escritores colombianos pudiéramos vivir. Y esa actitud ya estaba o estuvo presente desde el primer encuentro en Bogotá, en 1975, cuando en la dedicatoria que le puse a mi ejemplar de *Breve historia de todas las cosas* le escribí: “Para García Márquez, a quien pienso matar... literariamente”. Ingenuo y maniqueo deseo que obviamente no se cumplió ni se cumplirá. Aunque no me siento inferior a Gabo (lo digo con claridad y sin rubor), sé que lo suyo no tiene comparación alguna, y que ninguna obra mía o ajena lo va a opacar.

Que personajes como Seymour Menton, René Avilés Fabila, Guillermo Samperio, Héctor D’Alessandro y otros diez hayan repetido elogios desmedidos a mi novela más reciente (llegando a colocarme por encima de Gabo) no me hace más grande de lo que creo ser. Mi obra es diametralmente opuesta a la de Gabo, va por otros caminos y si tiene algunos valores, serán valores independientes.

Mucho se me ha criticado que yo haya usado a Gabo como trampolín para catapultar mi “fama”. Acepto las críticas, pero en mi salvedad debo decir que la “leyenda” no la inventé yo, sino el primer editor, el argentino Daniel Divinsky, Seymour Menton y muchos otros que repitieron el cliché “el más posible sucesor de García Márquez”, que se convirtió en el *trademark* no solo mío, sino de diez o quince escritores colombianos a los que se les colgó el mote de posibles sucesores: Tomás González, Santiago Gamboa, Juan Gabriel Vázquez —el más endeble—, Evelio Rosero, etc.

Recuerdo que en el primer encuentro con Gabo me atreví a decirle: “no me gustó *El otoño del patriarca*”. Él me respondió: “pues si no te gustó es porque no sabes nada de literatura”.

Leí casi todas las obras de García Márquez con pasión y a veces con rencor. Las reseñé, dicté conferencias (la más memorable fue en Indiana; la llamé “Escenas de amor, eros y pornos en las obras de García Márquez”). Viví pasionalmente su literatura y ello me marcó, aunque en ninguno de mis libros posteriores a *Breve historia de todas las cosas* sean notables las huellas de su influencia.

Gabo tuvo tres actos de tremenda caballerosidad conmigo, aunque sabía que yo era “peligroso” (en el sentido de que sabía que yo iba a escribir *todo* lo que me dijera). Uno fue invitarme a comer tacos en una taquería de cuarta en Coyoacán (con Eduardo García Aguilar y Nicolás Lozano, que no me dejarán mentir) y rechazar un ejemplar de *Cuentos para después de hacer el amor* que yo quería regalarle (le pidió a su hijo Gonzalo que fuera a la librería El Parnaso a comprar el libro).

Otro acto de gentileza fue descolgarse (maneja el mismo su propio deslumbrante coche computarizado) desde su casa en la calle Fuego hasta el centro del D. F. para ir a verme al Sanborns Las Lajas.

El tercer acto, que hoy ya puedo divulgar, fue defenderme muy en secreto cuando me querían expulsar de México por escribir lo que gentes “probas” (léase Pabello Acosta y amigos) consideraban pornografía que denigraba a las damas jalapeñas.

“Yo te salvo del problema pero te pido que no lo divulgues”, me dijo.

Lo guardé durante años.

Y también tuvo un acto de descortesía: ocupó el tiempo que me había asignado para una cita en atender a una periodista que sin duda le llamaba más la atención que yo (la pequeña Rosa Elvira Vargas — hoy en *La Jornada*—, que por esos días era un platillo apetitoso para un cincuentón como lo era Gabo entonces (hago constar que no fueron más allá de la convencional entrevista, de la que fui testigo a la distancia, hasta que me enojé y fui a reclamarle a Gabo su incumplimiento. Ya le había reclamado y dado la espalda a mi héroe cuando me alcanzó, me tomó del brazo y me dijo: “Cachaco tenías que ser... ¿No ves que estoy atendiendo a esta cabrita?”

Solamente tres veces pude estar a solas con Gabo (eliminemos el “solamente”: tres veces ya es un honor memorable): en el Sanborns en el D. F.; en Bogotá, en el local de la revista *Alternativa*, y en el Hotel Xalapa. Nunca pude expresarle adecuadamente mi afecto filial. Generalmente fui agresivo, intolerante, severo con aquel monumento vivo. Publiqué las crónicas de mis encuentros con él y él mismo me las criticó. Me dijo: “Me usas para hacerte publicidad”. Y lo acepté.

En una ocasión lo abracé y él me dijo: “No vayas a poner que yo te abracé. Tú fuiste el que me abrazaste”.

Que era petulante y ególatra en público, eso es notable. Hablaba como si fuera el papa. Solo conocí a dos personas que pudieron llevarle la contraria y dejarlo callado: Ángel Rama y Mercedes Barcha.

Cuando me atreví a decirle algunas frases duras, lo tomó con buen humor: “Ah, estos hijos díscolos que tengo esparcidos por el mundo”.

¿Fue egoísta? Sí. Nunca entendió Gabo que la gloria es para compartirla. La quiso toda para él solito y la consiguió.

“Nunca voy a hablar bien de ti porque te enfermaría y no volverías a escribir nada bueno”, me dijo.

Y bien vistas las cosas, al no ayudarme —como podría haberlo hecho: una palabra de él hubiera bastado para lanzarme al mundo de las grandes editoriales europeas— me hizo un favor: gracias a la especie de leve anonimato que he mantenido durante casi toda mi vida, he podido seguir escribiendo con tranquilidad y he podido moderar mi megalomanía, megalomanía tan semejante a la de Gabo, que dijo: “si cuando me siento a escribir no pienso que voy a escribir una obra superior al Quijote, mejor me retiro de la profesión” (cito de memoria).

Buen viaje, querido maestro y padre, nos vemos al rato.

17 de abril de 2014 ■